

Carnavales, Alegría y Agresión

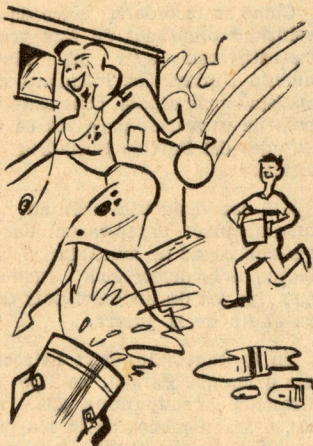
por Sebastián Salazar Bondy

Ya a mediados del siglo pasado, Felipe Pardo y Aliaga protestaba por la escandalosa violencia de los carnavales limeños. De aquella época al año pasado, las tropelías a que dio lugar el juego con agua se multiplicaron hasta un punto tal que fue un clamor acabar con estas fiestas sin sentido, durante las cuales dábamos los peruanos de todas las clases sociales una contundente prueba de salvajismo. Salvajismo que testimoniaba la existencia, en el fondo de cada uno de nosotros —y, más aún, en el fondo colectivo—, de tremendas represiones psicológicas, de brutales resortes comprimidos de resentimiento e instinto destructor. No olvidemos que, en 1958, la cifra de heridos y contusos que marcó la grave temperatura de esta disimulada guerra civil fue de 5,000, la cual no corresponde, por cierto, a ninguna especie de alegría. Dicho sea esto en refutación a la idea que parece prosperar ahora de que la falta de agua —de agua y otros líquidos que más vale no mencionar— ha traído como consecuencia la ausencia de entusiasmo. Si el entusiasmo se perdió porque no estuvo permitido el juego violento, bienvenida sea esta pérdida.

La antigüedad de una costumbre nefasta no la prestigia. Por el contrario, demuestra patentemente que los años no nos enseñan nada y que la madurez se demora en llegar para el país. La reducción de los carnavales a un solo día y sólo una fiesta de bailes no constituye, pues, atentado alguno contra la tradición, sobre todo en una nación como la nuestra en que otras tradiciones, precisamente las positivas y gratas, son a cada rato olvidadas o arrasadas por las novedades. Y a fin de cuentas, si estos carnavales han sido tristes, ello hay que atribuirlo a la pobreza reinante, a la crisis económica, a la desazón social, no a la desaparición de esos baldazos de agua, de esa munición de menestras, de ese enharinamiento agresivo, en cuyos avatares tantos miles de personas resultaban con traumatismos y lesiones. Las historias ilustrativas de los desmanes y sus consecuencias están en boca de todo el mundo y no hay nadie que no sepa cuán peligroso era en esos tres días de algarada san-

grienta salir a la calle a cumplir algún deber o en procura de algo necesario. La ciudad estaba tomada por un ejército enemigo que no perdonaba a nadie. Hubo hasta quien defendió su integridad del ataque de un grupo de "jugadores" con una pistola en la mano.

Pero la memoria colectiva parece ser harto frágil. Claro



que el argumento de los carnavales sin alegría se usa para expresar que los bailes — que nunca fueron, por supuestos los de Río, Niza o Nueva Orleáns— estuvieron poco concurridos, pero ha oído el cronista opiniones en el sentido de que el agua representaba un económico medio de diversión y que es lamentable su prohibición. Considerados los resultados de tal instrumento

de diversión —los resultados trágicos—, uno está tentado de pensar que lo que se pide es "pan y circo" para el pueblo ahora que su presupuesto está más escuálido que antes. Si lo que se echa de menos es eso, pues queda el remedio de organizar el coliseo romano con espectáculos que satisfagan la sed de horror que la parte tenebrosa del hombre mantiene oculta en lo hondo de su alma. Después de todo, ¿qué diferencia hay entre el regocijo que causaría la visión de un león comiéndose a un inocente y la de una pandilla de desahogados carnavalesos avanzándose sobre una anciana para hacerla víctima de un remojón aliñado con betún, anilinas y otros productos repugnantes?

Hay que celebrar el fin de esta suerte de carnicería que hace ya más de cien años nuestros costumbristas —y entre ellos Felipe Pardo y Aliaga— señalaban como manifestación de barbarie. Y hay que decirle a la autoridad que debe proseguir, en adelante, con la campaña de hacer que la fiesta sea fiesta y no batalla campal cuyo saldo son miles de pacientes en los centros de asistencia médica. Por cierto que, juntamente con esto, debiera organizar entretenimientos baratos y regocijantes, que facilitaran el desahogo de ese instinto lúdico cuya contención puede un día estallar como una gigantesca bomba.